



# CLARIDAD EN ACCIÓN

■ ALFONSO VALLEJO ■  
P O E S Í A

© Alfonso Vallejo  
ISBN: 84-88564-45-7  
Depósito legal: M-42113-1995

Diseño y maquetación: Francisco Ortiz Cuadrado

[www.novtiz.es](http://www.novtiz.es)  
e-mail: [comercial@novtiz.es](mailto:comercial@novtiz.es)

# **Claridad en acción**

**Alfonso Vallejo**



*PRÓLOGO*  
FRANCISCO NIEVA



## *Poeta ulcerado*

ALFONSO VALLEJO siempre me ha parecido una persona interesante. De repente, surgió en el teatro madrileño un dramaturgo sagaz, atrevido y atípico. Sus obras eran de todo punto sorprendentes y lo fueron en gran cantidad. Era alguien que parecía escribir sometido a presión -mucho e inspiradamente- aunque no daba la sensación de que le importara demasiado la típica vida de los profesionales, ni del teatro ni de las letras. Ejercía una carrera que le permitía vivir con desahogo y ser escritor por vocación, que es el mejor modo de no contaminarse. Cuando dirigió la ópera «Kiu», de Luis de Pablo, con libreto basado en una estupenda comedia suya, tuve ocasión de conocerle y felicitarle por su obra. Más tarde, supe que escribía poemas. «He aquí un hombre que escribe por verdadera necesidad de expresarse sinceramente y de muchos modos» me dije. No había en él el menor asomo de «pose» ni de pedantería, nada de ese comportamiento del «literato», que se descubre del mismo modo que a los curas vestidos de paisano. Tras asistir a una obra suya, titulada «Sol ulcerado» me quedé perplejo. Era una cosa diferente a cuanto yo le conocía, un melodrama perfecto y muy bien construido, totalmente clásico. Me asombró aquel cambio de género, lejos de la fantasía surrealista que había caracterizado el resto de su teatro. «He aquí» me dije otra vez «una persona que no le tiene miedo a nada, que es capaz de hacerse un desafío a sí mismo, cambiando de claves expresivas y, además, con bastante tino. Es un hombre duro, independiente, que mira hacia dentro de sí como el que revuelve en las entrañas de alguien desde la mesa de un quirófano, se analiza, se interroga y emplea el caso de las formas para contenerse, teatro de diferentes géneros, poesías...».

Hay en casi todos sus poemas una mirada de analista, que prende por su agudeza y sinceridad. Una sinceridad que, traducida en imágenes poéticas parece disfraz, pero no lo es en modo alguno. Los poemas de Alfonso Vallejo son tan explícitos como un sueño, después interpretado por el doctor Freud. Me gusta su discurso, su forma de magnificar una ambigüedad que lo abarca todo, como si todo fuera trasparente y explicable. Nada ¡o es en realidad, pero la poesía nos acerca tanto al corazón de las cosas, que creemos adivinar o presentimos su explicación última. Vallejo aplica la poesía a la explicación de su alma con una misteriosa agudeza, como el que conoce suficientemente el corazón humano, pero no conoce bastante el suyo. Esa lucha de Tobías con el ángel es la última razón del poeta.

*FRANCISCO NIEVA*



Puntos detrás de las esferas,  
eléctricas varillas invisibles  
por todo el universo,  
manojos de cabos sueltos,  
materia oscura  
llenando el cielo,  
preguntas ciegas, enigmas sordos y negros,  
huecos sin fondo  
que sólo el hombre  
puede llenar.

De físicas intuiciones,  
temblores del espíritu  
y palpitante especulación.

Se explica la evidencia  
con evidentes explicaciones.  
Se comprende pero no se entiende.  
La misma muerte puntual  
a la hora cierta,  
desesperadamente fatal,  
la misma materia,  
la vida misma  
como un bioquímico accidente  
o una aparición.

Falta tiempo para tensar las cosas,  
sujetar el aire,  
afinar las finísimas cuerdas interiores  
de la realidad.  
Todo sigue, móvil y certero  
por exactos circuitos silenciosos.  
Todo permanece mudo y ajeno,  
sin explicación,  
como un trozo de vidrio

en el centro de un túnel infinito  
sin ventilación.

Y de pronto  
estalla el sentido,  
cruje el silencio  
metafísicamente  
desde el borde de una mesa.  
Parece un regreso al mar azul  
con todas sus especies,  
a la erosión inicial de la espuma y la piedra.  
Ahora sí,  
esto que suena soy yo,  
mi vida misma  
captándose en mí,  
arrastrando su secreto.

Salí de la oscuridad  
y al contacto del limón  
la carne me explotó.  
Mordí un tomate al sol  
y brotó la sangre  
llenando el espacio de glóbulos rojos  
como en un sueño.  
Quise hablar  
y saltó la piel a tiras,  
en láminas azules  
por ventanas y paredes,  
dejando lo que quedaba de mí  
al descubierto.

Se lo dije a las paredes  
en silencio,  
deambulando cívicamente por calles sordas  
sin oídos ni trapecios.  
Puse en letras mis golpes de sal,  
los tapé bajo el traje transeúnte,  
vi saltar mis mitocondrias  
con los labios apretados.  
Nada.  
Callaba el cemento.  
Y un vacío sin lengua ni encías  
se apoderaba de mí.

Entonces,  
levanté en alto  
el trozo de corazón que me quedaba  
y grité de rabia y dolor  
como un hombre sin rumbo  
al que le explota el cuerpo.  
Nadie vio nada.  
La luz se puso verde  
y el tráfico siguió  
sobre mis detritus celulares  
en invisible carnicería.

Silencio, corazón,  
despacio,  
escucha el silencio  
trabajando la carne,  
tomándola al asalto.

Compréndete y respira  
en silencio,  
corazón,  
ama y piensa,  
vive la vida a conciencia  
con ojos, dedos y riñones,  
hasta que una catarata de muerte  
te caiga encima,  
de repente,  
como un susto vacío o un rayo negro  
sin compasión.

Y te aplaste.

Silencio, corazón,  
escucha dentro las estrellas,  
invéntalas de nuevo en ti,  
como un impulso germinal  
o una jeroglífica fiebre  
hundiéndose en la carne.

Esa circulación de clavos  
no importa.  
Despacio corazón.  
Basta un torniquete. Nada más.  
Las arañas habrán invadido el sueño  
y te sentirás un pobre transeúnte del neón  
solitario y abandonado.

Pero no importa. Basta seda para carne  
y saber coser.  
Lo importante es el magma velocísimo  
que llevas en ti,  
tu sueño vertical y la conciencia  
de un territorio más allá,  
que tú puedes inventar.

Permanece en tus tendones,  
avanza por tus acequias,  
sigue el rastro que has perdido  
detrás de ti.

Silencio, corazón,  
flor de umbría y calor táctil,  
espacio  
ven por aquí.

Me cuento la vida por dentro  
centímetro a segundo  
como un cuento  
de cristales  
que fuera cruzando  
despierto.

Me la invento en silencio  
por extrañas alambradas  
que cortan la materia en fragmentos  
que intento recomponer,

Sólo dispongo de un poco de corteza gris  
para dar sentido a mi vida  
e interpretar su acción  
en el tiempo.  
Todo gira alrededor como una aceituna inmensa  
o una gran uva negra llena de luz y oscuridad  
entre cáscaras y sombras rapidísimas  
sin explicación.  
Las fibras de las siete lunas olmedas  
huyen  
por vertiginosos caminos eléctricos  
sin estructura.  
El alma celular que llevo dentro  
me viene arrastrando detrás  
cogida con cuerdas  
a trozos de cerebro.

Pero de pronto una esquirla de luz  
brota sinápticamente como un estallido negro.  
Esto soy  
y éstos son mis dedos,  
ignoro pero vivo.

Y sobre todo  
sigo  
por encima de mí,  
más allá de estos límites impacientes  
que me fijan al suelo.  
Salgo de mí, me voy, pienso  
y vuelo.

Me cuento la vida que vivo  
casi como un sueño.

De pronto un latido,  
como un estallido de sangrienta sangre  
en el centro de la retina.  
Y el mundo se iluminó.  
Después otro.

Un golpe más en el pecho,  
y respiró.  
Resucitó.

Abrió los ojos.  
Y miró.  
De pronto ahí delante  
una vertiginosa sopa de incógnitas  
en circulación,  
preguntas en cadena, ecuaciones y signos  
en forma de palabra.

Y de nuevo la vista y el oído,  
la memoria sensorial y la conciencia  
interpretando señales  
como un junco racional.  
Brechas trabeculares, pozos, simas,  
un mundo ciego, sin dirección,  
al que hacía falta dar sentido  
e inventar cada vez.  
Un abismo ciego,  
realizado por un cósmico terror  
que hacía falta descifrar  
con códigos humanos.  
Uno, dos, tres,  
pulso a pulso  
la materia profunda,  
vuelta hacia dentro,  
hacia las misteriosas profundidades



de su misma esencia,  
siendo sin ser,  
estando sin estar,  
casi ausente, pero ahí,  
presente ausencia inmóvil  
de exquisita velocidad rapidísima  
pero quieta e invisible, concentrada en sí.

Y de nuevo esa urgencia de ser,  
más, de salir de sí,  
esa desazón de seguir,  
latido a latido  
detrás de sí,  
buscándose.

Salimos del cuarto  
y le dejamos  
vivo.

Detrás,  
en el centro de la noche,  
surge de pronto una idea  
fugaz y repentina  
como una gigantesca intuición  
o un instinto recién aparecido.

Rastro, curta, parma, larico,  
sálico, candente obstrucción  
de todos los sentidos.  
Brotan las palabras a golpes,  
surcan el espacio,  
abren el alma en pedazos  
y la carne a tiras.

Detrás  
sólo un rumor de extraña energía,  
un fragor multiplicado de inaccesible distancia  
volviéndose estrellas,  
pulsando en la retina.

Fuera  
un vacío aterrador soplando,  
golpeando las ventanas,  
helando los cristales matemáticamente,  
a fuerza de tiempo convertido en luz.

Y más allá,  
detrás de detrás,  
más allá todavía de lo que queda detrás,  
una piedra invisible cayendo  
dentro,  
como una pregunta interminable  
con filo y aristas,  
arañándolo todo,

buscando interpretación.

**M**i certeza soy yo,  
el esmalte de mis dientes,  
el rumor de mi conciencia.  
Soy la vida que me cuento,  
un sonido que me digo  
por dentro.

Si me lo explico bien,  
lo creo y lo entiendo.

Paso frente a escaparates ciegos  
de altísima velocidad,  
y no me veo.  
Cruje el aire,  
paso por estancias desprovistas  
de paredes sin cal  
y múltiples heridas al descubierto.  
Soy yo. Lo sé. Sé que soy mi vida.  
Que dura mientras dura,  
y después se esfuma  
como un quejido humano  
en la oscuridad.

Pero mi evidencia eres tú,  
mi acción irreal,  
y mi consuelo.  
Porque solo  
orino en solitarias tuberías sin salida,  
como un fantasma aislado en una soledad de cincel  
sin salida.  
Por eso me refiero a ti.  
Porque solo  
soy como un cero  
buscando el uno  
para juntos valer diez.

Hay que salir de aquí,  
dejar la rueda de un espacio perseguido,  
abrir las compuertas,  
cruzar el ruido de estos largos paisajes  
sin sentido,  
para ser.

Desde un punto gigantesco, dilatándose,  
una llave ciega  
gira  
como un mágico aliento  
o una ensoñación.  
Todo sucede a todo,  
laberínticamente  
como un caótico reloj  
de infinita precisión.  
Todo fluye y estalla,  
calla, se cifra y descifra,  
como una idea circular  
o una piedra sin respuesta.

Pero hay que salir de aquí,  
saltar el vacío,  
vencer el desierto,  
atrapar la distancia entre los dedos  
y seguir  
desesperadamente la esperanza.

Estás ahí. Precisamente ahí.  
Crujen bocas de sentinas,  
huele la tierra a cobre  
y una rápida circulación  
de partículas ultrasensibles  
vibra dentro.

Te huelo, te siento.  
Hay que seguir,  
hay que salir de aquí.  
Porque solo,  
sin ti,

muero.

**E**n el fondo de un limón  
suena un ruido.  
Dolor a saltos,  
golpes de martillo,  
tiempo contraído.

Bandadas de pájaros vacíos  
cruzaban el cielo  
silenciosamente  
en bisel negro.  
Y sin manos,  
dolor que atrapaba el corazón  
con gruesas grapas saladas  
como un sueño.

Todo hacía resistencia. El aire y la palabra,  
las yantas, los cercos, los procesos  
más allá de sangrientas cañas rotas.  
Y sin embargo  
el zapato vacío y la misma cuerda  
en su giro pendular  
eran parte de mí  
y me pertenecían.

Las rodillas dormidas y el pan seco,  
la tristeza total, hermética,  
como un papel huérfano  
y sin dueño,  
también. Todo signo e interpretación,  
residuos brillantes  
a través de persianas celulares  
que hacían del ruido y la sombra confundidos  
proceso y deducción.  
Un punto de luz en el centro,  
y escarcha de invierno por fin  
llenando el cerebro  
de gritos humanos,  
intuiciones

y deseos.

**E**stoy buscando una huella  
que me sigue por delante  
como un gato azul.  
Voy por parques y alamedas  
tras pistas borradas  
sin explicación.  
Interpreto señales de virus malignos,  
circulando por etapas ciegas,  
llenas de luz.  
Pregunto  
a un sistema de mecanismos puntiagudos,  
ruedas y tornillos  
que me sigue.  
Se derrumba una inmensa planicie desprendida.  
Contemplo el ruido de un arpón  
clavándose dentro  
como parte de un caótico caos  
milimétricamente calculado.

Pero sé que hay que salir  
de aquí,  
vencer a la muerte,  
vivir.  
A la sombra del más tierno café  
ni claudico ni me rindo.  
Hay que seguir,  
hasta la certeza absoluta  
exacta y total  
por fin.

Detrás de los patios vacíos  
y los cielos descendidos  
vivir,  
con ojos, dientes y riñones,  
apasionadamente,  
vivir.

En la tierra donde vivo  
tienen los caballos  
las patas rojas,  
virus las bombillas  
y cáncer  
los gatos y las puertas.

Este blanco espacio sin resquicio  
huele a carne y huele a vida,  
suena a crudo, sabe a sol.  
Y también a muerte final.

Los pasillos dan a lugares blancos,  
llegan a estancias vacías,  
desembocan en puertas  
que se abren a trincheras blancas,  
asépticas,  
en pie de guerra.

Todo parece el resultado de una contienda silenciosa  
entre el cero y la esperanza,  
la estructura y la materia,  
el dolor y la razón.

Por eso brotan burbujas en las mentes,  
se rompen las gargantas,  
saltan los nervios,  
pasan camellos invisibles  
de pared a pared.

En la tierra donde vivo  
tienen los caballos  
las patas rotas  
de cruzar precipicios  
con seres indefensos a los lomos  
  
sin saltar.

Primero un camello  
en la línea del sueño,  
después un carro y un cubo,  
como un cuento luminoso  
de aspas en acción.

Un eje suelto después,  
uñas partidas y un hueso,  
como un efecto cangrejo  
en el centro del calor.

Un área aplastada,  
un sistema seco,  
una muralla sin resquicio  
cediendo segundo a segundo sus pinzas  
o una máquina de vapor.

De pronto un grito,  
y un hombre se inventa el tiempo.  
Quiero ser así,  
puedo ser esto,  
salto por encima de mi sombra  
y llego dentro.

Primero una intuición blanca,  
después un deseo,  
eléctrico y definitivo  
como un punto azul  
creciendo.



**A**lgo grande lo ocupa todo  
de principio a fin,  
de abajo arriba,  
detrás adelante  
y de dentro afuera.

Algo redondo y fuerte,  
diminuto y gigantesco,  
llenándolo todo  
como un silencioso enigma  
en eterna acción.

Desde la blanca batalla donde vivo  
cuento los relojes,  
los punzones y las puertas,  
los golpes de la carne  
y las extrañas maletas humanas  
que parten hacia el infinito.

Una mosca de pronto  
cruza la raya del cero  
y se vuelve signo vivo  
dando contra la ventana.  
Empieza la vida de nuevo  
como un punto negro saliendo de la nada,  
volviéndose vuelo,  
matemática distancia  
y viva intuición.

Hoy suena la ternura  
como un pandero,  
desde el punto verde al alcanfor,  
de la azotea al velero,  
infiltrando el champán y la aorta,  
derritiendo la hierba  
y el dolor.

Hoy vibra la ternura sin consuelo,  
casi como nunca,  
rompiendo baldosas  
como una piedra exiliada  
o una alcayata muerta,  
sangrientamente  
como un punzón.

Una teja crepita y vuela,  
se abre una claraboya a la luz del día.  
Crece la distancia,  
suena la vida,  
en un larguísimo viaje de tubos y ventanas,  
manteles y acequias.  
Amanece después. Con todo esplendor.

Sobre trozos de materia  
y funciones rotas,  
que trasladan dentro seres conscientes  
de hueco en hueco,  
dignamente por salas y pasillos,

con la ternura intacta,

sin apelación.

El código más, ganzúas y compuertas,  
plata ladeada, los éngramas y las presas, sueltos,  
a tumba abierta,  
asimbólicos delfines  
que escapan de cualquier sentido,  
flores rotas, sin resultado, cortadas al cero,  
ventanas ciegas, clavos abiertos, persianas partidas,  
sin conexión.

Todo encerrado en sí,  
en una extraña longitud  
jeroglífica y callada,  
que nadie acierta a comprender.  
Todo colgando inconexo de un amanecer,  
minutero a rota, delantal a cincel,  
partículas invasoras tapando la sed,  
detrás de una maraña imprecisa  
al revés.

Y el más perfecto caos  
gobernando nervios y tendones,  
latido a latido, milimétricamente,  
de la respiración al sonido,  
mágicamente  
después.

Escucho el silencio. Uno, dos, tres.  
Se parte un cuerpo como un dado,  
o una carta viva que persigue el azar.  
Mana un caño, crece una palmera súbitamente del suelo,  
salta cal blanquísima desde el fondo del sueño.  
Por lo tanto, ven, acércate,  
te espero. Girando gozoso por tuercas y protones,  
álgidamente por barras de hierro.

Quiero comerte. Devorarte, procederte los huesos  
como una cuenta por verificar.  
No tardes.  
Se mueve todo y el día crece espléndidamente sin control.  
Pero acude. Ven, acércate.

Yo te espero.

Primero una iglesia partida  
con los costados abiertos,  
explotando al sol. Líneas quebradas,  
trozos rojos y negros, planos, puntos rapidísimos  
y una ilusión.

Después Franchulón dormido, con un cordero abierto,  
reventado de sangre, espesa claridad.

Yo estoy disfrazado de piedra, perforando  
microscópicamente  
la enigmática estructura de la sombra y la materia.  
Tierra arqueada, espinada reverberación  
de signos agudos y mar. Todo inconexo, suelto,  
como una metafísica presencia, latido a latido,  
en la oscuridad.

Tú ahí, espléndida flor primaria hendida en la mitad,  
extraña calibración nerviosa, línea vertical ensortijada,  
túnel penetrado de exquisitos jugos manantiales.  
Ahí, en el centro de una claridad sin grapas  
que alcanza la retina como una ofrenda preparatoria.

Gira el campo, brotan crescentes montañas,  
como una alucinación de limo persistente y color.  
Uno, espacio. Dos, acción.

Después silencio preciso,  
exacta soledad

y verde intuición.

Lobos azules y negros corrían por la noche  
hasta el cielo.  
El ojo hubbliano divisaba un universo nuevo,  
entre agujeros y alfileres complejos.  
Como una muralla hendida o un caparazón de acero  
la complejidad tendía una trampa encendida  
al paso de la razón.

Y mientras  
la corteza cerebral indagaba,  
atenta a la síntesis del caos  
en una ecuación.  
Púas infectadas, estrellas, abismos y sangrantes  
puntos del espacio,  
todo entraba en aquel hueco palpitante.  
Las mareas más complejas, los simbolismos más  
perfectos, las conchas, la paz ferruginosa,  
la sal e incluso el dolor más insoportable  
cabían en aquella extraordinaria metafísica celular.

Yo te seguía por limpias nervaduras invisibles,  
siempre a tu zaga, detrás de tus surcos,  
atentos a los vestigios de tu presencia,  
a tu intacta sensación.  
Me trasladaba de un puntal al otro, corría, gritaba,  
vibrando entre juncos pensantes y enfermos.  
El aire estaba quebrado y sonaba en los huesos de los hombres  
con autoridad.  
Un alma buena sin embargo, un alma humana sencilla  
como un palo,  
sin embargo.  
inmóvil en una esquina, casi paralizada de hambre y necesidad,  
  
daba sentido a todo aquello.

Sin palabras, sin gestos ni ecos,  
simplemente con una gorra de hombre tendida hacia los otros

en plena Costanilla de los Desamparados.  
Le di algo de dinero y salí corriendo por alguna asimetría  
del tiempo, sin pensar, de pronto casi comprendiendo  
sin comprender todo, ni nada,  
jeroglíficamente la confusión total, de pronto,  
por la calle Atocha,  
con el corazón,  
sintiendo.

Un trozo de soledad saltó  
e iluminó el cielo,  
girando a toda velocidad,  
soltando esquiras humanas solitarias  
llenas de luz.

Y en el centro de la noche,  
la materia más sensible, la más aislada y silenciosa  
habló

a través de las estrellas.

Una espuela en el espacio  
cortaba los hilos conductores de extraños sentidos  
impalpables tan lejanos y tan huecos.  
Unos moldes caían, deshechos, sin concepto,  
como parte de un frenesí irracional  
o de un conflicto perfecto entre vida y energía,  
límite y concepto.  
Por encima de un océano negro, más allá,  
detrás de antiguos barcos griegos, lunas rotas por la historia,  
ecuaciones y sucesos,  
se quejó un alma solitaria a lo profundo del cielo,  
a lo inmenso de la inmensa inmensidad silenciosa  
como una mecánica de fuego, una turbidez indefinida,  
o un ansia larguísima, o una inmensa presión de tachuelas  
que llevara dentro.

La corteza del limón y el agua  
se desplazaron levemente  
respondiendo a mecanismos internos  
que regulaban su acción.  
Hicieron un leve ruido apenas perceptible por la cóclea  
y el estribo.



El resto cayó, impecable, vertiginoso y lento al mismo  
tiempo,  
casi perfecto en un silencio imponente  
cargado de signos y destellos.

Un trozo de soledad saltó  
como una interrogación iluminada  
al centro del silencio.

Un trozo de fantasía  
se me salió por un ojo,  
golpeó contra un cristal  
y chocó con un león.  
Volaban las capas corticales  
recorriendo muelles intuitivos, ventanas y compuertas,  
balanzas quietas de extrañas máquinas pensadoras,  
riscos, potros y cadenas,  
fuera del cerebro, matemáticamente,  
sin control.

Y la misma razón, el juicio mismo,  
la inteligencia más alquimista e irracional  
volaba por las azoteas, recorriendo alambres,  
cráneos que dan a quijadas,  
patios que dan a puertas solitarias  
abiertas a la luz.

La grava y el salitre juntos, azules,  
en medio de extraños dobles grifos  
y corrientes sin dirección; en el mismo nivel  
las ortigas y las matéricas fieras  
formadas a golpes de fósforo y carbono,  
la estructura del calor, la fuerza interna  
con su exacto balance articular, todo,  
un mundo de travesaños y estacas sueltas,  
sometidos a brutales tracciones energéticas,  
cerrojos y pasillos, rápidos, disueltos, todo,  
ahí,  
abierto como una gigantesca ecuación sin respuesta  
o un torbellino de incógnitas y astillas,  
en acción.  
Y de pronto: ¡zas ! ¡pum ! ¡bang ! ¡toma Blas !  
¡Anda !

Todo resuelto en un instante,  
el universo entero  
ahí, en la palma de la mano, con principio y fin  
como un cuento sencillísimo o un juego  
casi infantil  
que sólo el corazón.

podía comprender.

Bajo un sol nocturno  
suena un farol.  
Habla la noche animal  
desde un rincón.  
Un gato bebe sombra.  
Córdoba en silencio.  
Amor.

Una dulce enramada mineral  
cubre la tierra.  
Plantas, aroma y sedal.  
Luna hueca y luz de acero.  
Pasión.

Decir lo no dicho,  
palabras sin palabras,  
corredores y macetas,  
la huerta más florida  
con pértigas abiertas cruzando la calle desierta.

Veleros rotos  
sin viento  
aguardan lejos,  
como un sueño.

Bajo un sol nocturno  
la vida vibra,  
noble y majestuosa  
con las raíces abiertas,  
por dentro.

Sin esperanza no hay vida  
ni memoria.  
Sin esperanza no hay verdad.

Esperar es ir más lejos,  
pasar, adelantar lo cierto,  
y ver.

Peldaño a peldaño,  
trepar por el tiempo,  
cruzar las paredes  
y ser.

Tú, asimétrica contradicción,  
infinito móvil, arrítmica pulsión  
de gigantescas fuerzas sin cauces,  
sé.  
Meteórico detenimiento de espacio,  
girando,  
cegadora luz negra, destello,  
clavo en licuefacción,  
rapidísimo jeroglífico, activa materia  
que hiciste la vida y la esperanza,

ven.

Estamos aquí con los paneles de las costillas abiertas  
y el chaquetón roto.  
Nos miramos el esternón sin comprender,  
perdidos en una extraña profundidad interna  
que tira de nosotros  
hacia dentro,  
sin saber por qué.  
Y en medio de este desconcierto,  
no nos queda casi nada,  
salvo un poco de esperanza,

y a veces,  
ni eso,

tan sólo a veces

la fe.

Lo que no es,  
también es,  
sin ser todavía.  
Lo que calla,  
también habla,  
sin hablar todavía  
de verdad.

Las estelas y los rastros,  
las agujas mismas  
incomprensiblemente responden  
sin responder.

Sí tú comes vísceras huecas  
yo siento en la tráquea el paso del cobre  
y sufro por ti.  
Esto no es ficción que no es,  
sino hielo que corta,  
catéteres de fácil acero  
penetrando por dentro.  
Es lo que parece.  
Caos, confusión y enigma seco.  
Muerte miserable, fango y cielo.

Por eso nace en la memoria un latido  
que trasciende más allá de la materia  
como una uña de fuego definido.  
Una lagartija vidriada  
vela en azul todo el universo  
desde un balcón negro occipital.  
Por eso, entre horror, seda y hueso,  
al final,  
por encima de las fibras mas exactas,  
más allá de todos los cansancios  
y los jeroglíficos huecos,

sólo el amor y la vida,  
la razón, la esperanza

y la piedad.

Un soplo de vida humana  
pende de un hilo cierto.

Un sol inmóvil,  
azul, rojo y negro,  
gira por dentro.

Suenan las once en un hemoglobínico reloj interno  
y explota en la retina un tiempo detenido  
sin contexto.

Todo habla y calla al mismo tiempo,  
es sin ser, y está sin estar  
de lleno.

Me toco los ojos, palpo los pensamientos más certeros.  
Soy el que soy y el que no es,  
el que está y se fue,  
éste que no soy y me acompaña desde fuera,  
alguien que va por delante de mí,  
siendo casi lo que fui,  
casi un espacio irreal de la conciencia  
con tallos jeroglíficos a los lados  
y matemáticas tachuelas.

Pero un bosque neuronal avanza electrónicamente  
hacia la corteza,  
se vuelve pensamiento primero.  
Después esperanza y acción.

Y por un rincón del cuarto,  
bajo un cielo cerámico de imparables rótulas  
y punzantes silbidos de metal,  
se desliza por fin  
desde el centro de la sombra, un plano de luz.

Esto

se mueve, gira; se desplaza,  
explota y circula,  
se escapa a raudales  
como un asalto de energía rotatoria  
o un infinito torbellino  
sin principio ni fin.

Esto

se mueve sin embargo, cruje y oscila,  
como una trepidación de tierra o una guerra  
de partículas furiosas  
o membranas en acción.  
Y crepita incansablemente  
llenando el vacío  
de roja energía  
e imparable vida.

Esto se escapa y vuela  
como una hipnótica visión  
o un sueño rapidísimo  
en vertiginosa transformación

volviéndose  
casi milagrosamente,

consciencia.



La oferta Mugrel personal,  
la entrega total de todo el paquete visceral,  
de toda el alma de golpe,  
así, como quien lanza un tizón al fuego  
o da un grito de dolor.

La oferta Mugrel total,  
el metódico punto del punto central,  
el núcleo propio, el centro del centro entero  
la llave en carne viva, entera y de golpe,  
así, abierta en trozos vivos,  
expuesta a la luz.

Todo lo secreto y propio,  
la carne más carnal y sangrante,  
la intuición de planos inclinados y espinas,  
las alambradas picudas y los metafísicos pistones en acción,  
todo, la vida y la materia más sublime  
con sus sistemas aleatorios, ilusión y sufrimiento,  
también.

Todo lo entregué sin guardar nada,  
nervaduras mentales, cables y circuitos,  
panorámicas irrealidades  
de intrincada significación,  
el halcón tendido y la manivela rota,  
incluso la sombra y revelación,

así, de golpe,  
como la ofrenda de un hombre  
que necesitaba expresar su vida letra a letra  
para vivirse  
y ser.

Tú, eléctrica y simultánea,  
como un instante azul en medio de una plaza velocísima,  
alargada y perenne,  
como un brote de sangre sin control,

tú, continuamente tú,  
por parques y esquinas,  
sin parámetros, casi sin aliento,  
por extensas arquitecturas  
y extensiones florales  
sin limitación. Tú.

Detengo la maleza con los dedos,  
freno su vertiginosa carrera por la espina del tiempo,  
y observo. Miro y te veo.  
Tú, incontenible y luminosa  
como una aparición.

Pistas oscilatorias, derrumbes matemáticos,  
alucinación del vacío. Tú.  
La potencia de todas tus superficies  
lanzadas a una trepidante transformación atómica,  
el mismo calambre, la idéntica sorpresa  
ante tu grandiosa realidad viva.

Escucho y me sigues.  
Orilla, carna, arta, parma. Todo te suena  
y explota. Todo te significa y circula,  
trasciende y escapa,  
más allá de la intuición.

El tejado murmura un lenguaje rojo de tejas y quejidos.  
Luce un sol transparente de abejas latinas,  
rationales e inteligentes.  
El recinto de mi sombra se proyecta en una piedra.  
Es viernes y sé que me sigues, sí.

Como un volumen consciente de polen y fantasía,  
de limpia lucidez consciente  
que impregna mis sondas y diámetros  
con exacta calibración.

Y además, como eres invisible,  
espiral, ribonucleica e instantánea,  
sé que si te llamo,

acudes a mí,  
vida.

La presencia oculta de los signos,  
los golpes y los mazos,  
el largo viaje de los cuervos  
sobre la piel.

Textos deslizantes de significado incierto,  
sogas y cordeles,  
ataduras,  
sujetando la vida, matemáticamente,  
sin explicación.

Todo en confusión, confundido,  
como un magma matérico,  
caótico y dislocado,  
lanzado a la aventura.

Estructura latente persistida,  
algebraico molde de la vida,  
bioquímico factor repetido,  
en permanente cuestión.

Aquí dejo mi huella de hombre,  
el peso de mi voz,  
mi memoria hacia delante

el tacto de mi corazón.

El instante del serrucho  
con sus derrames y espigas,  
las persianas bajas, los telegramas muertos,  
el olfato amargo  
y la cal  
vuelta sobre sí misma,  
la tierra, suelta, ácida  
como un blanco limón.

Todo contra ti, las caravanas y tuercas,  
la espiral incluso donde vas montado,  
la ecuación que te integra, tu clave e intriga  
de animal terrero y volador,  
todo, incluso tu conciencia y tu sombra, todo  
en tu contra, algebraicamente de frente,  
de bruces,  
negándote,  
haciéndote viruta y añicos,  
tinta de calamar.

Sientes en la piel el terror de las abejas  
en desbandada, y extrañas trabéculas tabicando las letras,  
quieres gritar tus quemaduras hacia alguna parte,  
salir, correr, huir, gritar,  
pero caes en trampas de hierba mojada  
y te siguen los espejismos que tú mismo has creado.

De pronto un zumbido, un arpón  
casi invisible, una fortificación y un clavo  
inteligible,  
una maraña de cables sueltos  
racionales y seguros  
donde se articula la verdad.  
De pronto rejillas de extraña hojalata,  
sombras de café, líquidas cisternas  
que llenan el alma  
incomprensiblemente

de blanca esperanza  
y altísima luz.

Hoy un negro taladro  
cruza la noche  
sin explicación,  
camino de ninguna parte,  
dilema estrellado,  
laberíntico esqueleto,  
en evolución.

Hoy  
bioquímicos engranajes  
mueven tuercas y membranas,  
manchas de cristal humano  
más allá de sí,  
hacia matemáticos puntos escindidos,  
y eléctricas constelaciones  
en perpetua acción.

Hoy  
los tableros de la carne,  
la estirpe del ruido interno,  
la misma conciencia,  
todo calla  
un sincrónico silencio negro,  
imponente y sonoro.

Hoy  
sólo suena la noche en bloque  
arrastrando su sombra iluminada  
como un fermento,  
sólo su nocturno aliento  
de abismos negros y redondos  
abiertos a magnitudes sin fondo  
de infinita dimensión.

Un grano germina y circula  
descoyuntado,  
sin aparente sentido.  
La maraña vertical  
crece de pronto y explota,  
se quiebra la materia  
en cósmica despertación.  
Su caótica resistencia laminaria,  
como un latido ecuatorial,  
brilla en la noche  
de la más insólita fantasía.

Un sapo de pronto  
negro  
y una culebra detrás,  
un circuito y una esfera,  
tiempo que sucede a espacio,  
esperanza a movimiento,  
vida en acción.

Todo ahí, junto,  
instantáneo y eléctrico,  
como un zumbido inaudible  
en forma de palabra,  
como una ola subiendo por dentro  
desde la memoria.  
Masas, hélices blancas, feroces espuelas,  
las puertas de Paddington, alcayatas y aldeas,  
todo en cadena, saltando, pasando  
cerebralmente  
de la nada a la imaginación.

Después pasta de almendras,  
y extensiones florales granadinas,  
máquinas velocísimas  
ante el cielo turquestán,

como una explosión azul o un fuego  
nazareno,  
producto de un antiguo instinto califal.

Y en el farol aquitano,  
insectos en la noche azul, vida móvil,  
bioquímica expansión alada,  
aire convertido en nieve y hielo,  
semántica sublimación.

Puerta de Tierra, calambres y sonido,  
garganta, estrellas y quejidos,  
todo condensado e interno,  
atómico y milimétrico,  
a punto de estallar.



**E**scucho mi vida a solas  
como un cuento labio a labio,  
como una historia a susurros,  
que me contara sin voz.

El temblor de una brizna,  
la inserción de una rama,  
la brisa intacta y el pálpito vegetal,  
me suenan dentro  
como palabras mudas,  
dichas en silencio  
sin apelación.

Un caos milimétricamente organizado  
late en mis membranas.  
Siento los trechos de antiguas estrellas  
repercutir en mi carne  
con ferocidad de esquirla y rebaba.  
Llevo en las venas su amarga luz,  
su magnético fulgor por mi calendario interno,  
resbalando por fechas y estaciones.  
Nubes de fotones y sal  
me ocupan la memoria  
como un mar que me fuera contando  
entre diques y estacas.

Todo ahí, evidente y abierto,  
real, casi milagroso y casi cierto,  
pulsando hacia delante  
como un torbellino en acción,  
como una historia interna y consciente,  
relatada celularmente  
con mi cuerpo y con mi vida.

Ven, soledad,  
al lado mío,  
acércate.

Quisiera decirte a solas  
palabras internas  
sin sílabas ni letras,  
tinta ni papel.  
Ponte al lado mío,  
silencioso silencio,  
ven.  
Cruza la raya,  
pasa la línea,  
acércate.

Hoy me llamo Malturán  
y vuelo, fíjate,  
me escapo hasta el mismo confín  
del pensamiento mismo,  
desciendo instantáneo de dos en dos  
hasta la roja profundidad  
del rojo más intenso.

Sí, mira, de golpe y sin dolor,  
como un estafilococo velocísimo  
o quizás una intuición,  
como una idea súbita y fosfórica  
de altísima imantación.  
Basta cerrar los ojos  
y ya está.

Pensar, amar y soñar.  
A mil ojos y cien bocas,  
a quinientos perros, ocho boas  
y tres moscas por segundo.

**P**artir, salir y vivir.  
Hasta perder el sentido y el tacto,  
hasta las flores de Hungría  
y la más profunda profundidad sin salida.  
A pesar de todos los trayectos,  
y todas las latitudes  
con todos sus insectos y grúas.  
¡Volar ! ¡Sí! ¡Navegar !  
Hacer de la aventura, espacio axial,  
y del tiempo,  
con su cataclismo de números sueltos,  
¡acción ! ¡Movimiento  
en esta encrucijada de palos y torretas !

Ven, soledad,  
acércate.  
Ven por aquí.

Primero el tiempo  
fluyendo  
por grietas y vertientes.  
Después la materia abierta,  
iluminada,  
y viva.

Y al final membranas celulares  
formando consciencia,  
una verde sensibilidad  
despertando vista y oído  
a la exacta percepción  
de la luz y el ruido.

La acción de los mapas, la arteria azul  
y el cielo detenido,  
arrastrado por vigorosas ganzúas  
como una espléndida energía  
finalmente elaborada. Todo ahí.  
El espíritu calcáreo, las cuevas,  
la imaginación entera, a la tromba  
y a la rota,  
todo electrizado y velocísimo,  
bancos ligeros, suaves trayectos,  
humanos transeúntes  
por un infinito caos  
en eterna progresión.

Más allá de la razón,  
cerca del límite mismo, cerca del cero,  
todo se volvió instantáneo  
volumétrico e inasible  
al mismo  
tiempo.

Más allá de todas las puertas y todas las ranuras  
como  
una historia reconstruida a trozos  
con páginas de libros y memoria  
cristalizada. La vida.

Vagando por todas las longitudes  
corpúsculos y laberintos  
anfractuoso y eléctrico el enigma mismo del origen  
sin puntos, en circular, saltaban  
las ecuaciones  
trayecto de venablo, línea de flecha, resbalando,  
simetría molecular.

Como una confusión bioquímica  
un azúcar, una base o una cola muy líquida,  
primero cadena, ribonucleica espiral, la materia,  
como un tobogán o un taladro sin control  
repitiéndose, a ráfagas, interpretando segmentos  
celulares  
formando idea consciente  
sistema humano,  
y significación.

Si tú me dijeras algo  
que sonara a cierto,  
si me contaras algo  
definitivo y eterno...

Algo que signifique algo  
por sí,  
un ser siempre incompleto, desplazándose,  
metabólico caos fragmentario y sensorial,  
vida confusa en acción.  
Látigo y encima, fosfórica trabazón,  
cerebro rapidísimo y rojo,  
alma percutida y veloz,  
hecha muñón, milimétricamente,  
como una ecuación  
casi imposible.

Si tú te hicieras carne o densidad,  
te acercaras siquiera,  
de alguna forma, por algún punto,  
látigo y encima, membrana y catapulta,  
verdad en expansión.

Entonces el rumor palpitante, las ausencias,  
como un instrumento cortante,  
los enchufes dispuestos, incoherentes,  
como una malla alrededor de la verdad.

Entonces, simplemente no saber,  
estar perplejo y confundido,  
al revés.  
El uno en Neptuno, y el cero en Aranjuez,  
el rojo al lado del agua,  
cruce de flores, cerca un ciempiés.

Todo ahí, agarrado y seguro, lleno de sentido,  
en todas las torsiones de todos los pedículos,  
de nuevo: ser,  
en todos los lamentos y trepidaciones del alma,  
ver.

Si tú llegaras algún día a la ceguera,  
a las gafas y al sombrero,  
dando vueltas, sintácticamente  
en el amanecer...

entonces... entonces...  
con el manillar en garra,  
retorcido sobre sí,  
iría desde ti hacia dentro, hacia lo más profundo  
del más puro misterio más negro,  
velocísimo,

con fruición.

Hoy se detuvo el tiempo  
y empezó la claridad.  
Hoy saltó la línea del cero,  
vibró la materia entera,  
se abrió el espacio,  
surgió la luz.

Hoy suenan los insectos  
en el polvo suspendido,  
y segmentos de vida celular  
molecularmente  
cobran sentido.

Todo calla y multiplica  
un silencio sin fondo  
cortante y negro,  
de exquisita velocidad.  
Todo fluye y espera,  
todo salta y explota,  
como un enigma o una red.

Una respuesta divisoria  
cruza el volumen del tiempo  
donde respiro.  
No sé si he comprendido  
pero sé que sé.  
Pregunto a las raíces  
y casi automáticamente, como en un cuento,  
responden sin responder.  
Nudos y poleas infinitas, tirantes  
y contrafuertes con sus sondas abiertas,  
el caótico caos de las superficies  
a dolorido pulmón,  
todo suena silenciosamente  
por signos  
como un cráter herido.  
De pronto pasa un carro,  
cruje una rama, vuela el reloj.  
Respiro a pleno esqueleto.

Soy.

Como una explosión ácida  
o una rotura incontrolable de bacterias,  
como un listón que se derrumba  
o una anguila detrás de un rastro magnético,  
como un enjambre nucleico repetido,  
una flecha o un pistón.

A golpes de luz, con la brutal precisión molecular  
de la materia más cierta,  
a calambres violentísimos, a espasmos de carne  
y eléctrica intuición.

El gozo de ser.  
Como un estremecimiento rojo de sangre cierta,  
peldaño a peldaño, célula a célula,  
como un sobresalto de tendones  
o una vibración carnal.

Sí, el ansia de ser tu propia evidencia,  
tu auténtica consciencia instante a instante,  
su esencia humana palpitante,  
sensible y viva.



Iba por las esquinas  
sujetando mis trozos,  
sangrando sangre cierta,  
rozando paredes, buscando una salida.  
Estaba enfermo de soledad de dentro,  
de soledad solitaria  
en estado puro  
que me iba contando silenciosamente,  
por signos interiores,  
como en una micrométrica guerra  
de reflejos y pasiones.

Estoy aquí  
pero me he ido.  
Parece que estoy  
pero vivo al lado,  
subido a cables internos,  
colgado de memoriales recuerdos  
y laberínticas encrucijadas.  
Sé muy bien que el agua de mi cuerpo  
es agua fluvial, oceánica mar celular  
y que mi carbono interno  
procede de la tierra más mamífera y animal.

Por eso avanzo milimétricamente mi vida, segundo a segundo,  
centésima a centésima,  
como en una contienda vertiginosa  
en medio del caos.  
Por eso grito y corro, por eso especulo y razono,  
atento a la disección de los tejidos abiertos,  
de los cortes y planos, del tiempo abierto,  
segado minuciosamente.  
Por eso me disparo también fuera, lejos,  
muy lejos, mentalmente, fuera de las estrellas,  
y observo el dilatado sistema de la vida  
dentro de la masa total, como un único golpe

de la total totalidad.  
Puntos de acero invisible  
y un taladro vertical inconsciente,  
dirigido hacia el centro de mis ejes,  
me sirven de referencia.

A veces vislumbro la salida, pongo en orden mis vísceras  
y creo comprender.

Pero en seguida tropiezo, se derrumban las paredes,  
y el más tosco cemento de muros mal enfoscados  
me desgarran la piel y los conceptos.

Después cera, y más tarde cuerda, hilo de coser  
y aguja

para la carne abierta.

A la caza exacta  
del certero halcón  
salgo de la fábrica que habito  
hacia delante.  
Las estrías caídas, cerradas en la carne,  
el dolor en diente de sierra, feroz e insultante,  
la maligna sangre mortal víricamente infectada,  
forman parapetos humanos  
álgidamente dispuestos  
delante de mí.

Como puedo,  
a través del orificio de mi más lúcida razón  
detengo microscópicamente de golpe  
la brutal velocidad del caótico caos,  
del derrumbe, del fracaso celular  
de un ser muriendo  
ante mí.

Parece un cuento extraordinario  
o una extraña brutalidad viva  
el ruido de la vida enferma,  
viviendo hacia delante,  
por delante de sí misma,  
negándose a desaparecer.  
Parece un drama mal escrito  
saltando por encima de sí,  
trascendiendo hacia delante,  
álgidamente,  
hasta su resolución.

Parece un desastre o una ausencia curva  
rapidísima y compleja,  
como un gigantesco interrogante  
ocupando el vacío

de una biografía  
en descomposición.

Hoy respira la luna  
y tiembla un manantial.  
Velocísimas partes milimétricas  
giran al sol.  
La tracción de basálticas cuerdas,  
su feroz imantación,  
tras,  
más,  
máquinas a ciegas, lanzadas al vacío,  
los astros, su acción magnética y sanguinaria,  
los tractos corriendo, raptos, ruptos,  
rotos,  
el espacio en filamentos, la ferocidad Turnbull,  
el pliegue del agua indescriptible,  
el desorden mismo,  
tribu a tribu, fotón a fotón,  
todo circula en la piel.

Y en espléndida vacilación,  
los fuegos gravitales, el peso mismo  
estallando punto a punto  
en los tricrómicos tejidos.  
El árbol hendido, ahí, claudicado,  
rotas las palabras, pisadas, como fruta sin objeto,  
y el significado sin embargo, presente,  
apto, sonoro y real,  
móvil la materia entera.

Hoy respira la luna  
y suena el sol.  
Tiento la urdimbre,  
aparto la maraña  
y observo.

**A**utosomas, helio y argón,  
centrómero, cromatina y codón,  
hística realidad,  
ribonucleica repetición,  
astrofísico caos organizado,  
microcosmos nuclear en acción.

Cierta incertidumbre móvil,  
dimensión límite en acción,  
abriendo espitas, bocas y canales vivos,  
electrónicos niveles volviéndose concepto,  
fosfórica idea de la vida,  
el espacio, la esperanza

y la luz.

Por el borde de un cristal  
corre una idea  
que suena a espacio y a sol.  
Yo la tengo que encontrar.

Al cabo de este chasquido  
que me supone vivir,  
al término de esta móvil aventura,  
de esta vibración viva,  
al cabo de esta fiebre  
yo la tengo que encontrar.

Cada una de mis células conoce su función  
punto a punto, protón a protón.  
Nacen y mueren solas.  
Van resolviendo sus dolores,  
nervio a nervio,  
punzón a punzón. Me llevan,  
me transportan silenciosamente  
por estos fríos de leznas y pasadizos,  
frente al cielo,  
para que una sensibilidad azul que guardo dentro  
piense.

Y la tengo que encontrar. Pues miro y veo,  
huelo y siento,  
y con minúsculos trozos de acción  
que oculto en mis membranas,  
puedo inventar la vida que soy,  
interpretar la noche, los conceptos y colores  
de este vasto firmamento sensorial  
donde habito.  
Pues una nerviosa materia me ampara,  
me cubre de receptores  
me informa de mis fantasmas y venenos.

Y razonan mis sustancias de dentro, sufren  
y gritan, gozan lujuriosamente con el tacto y el ruido,  
el cobre más mitocondrial  
y el sentido.

Pasan fluidos negros a mi alrededor, elementos rojos  
que me invento,  
parecidos a la sangre,  
a un líquido inexistente, o una rótula suelta  
o un hueso atravesado  
dentro

que formara parte de mí.  
Por eso la tengo que encontrar.  
La tengo que inventar.

Y entonces... gritaré, de alegría,  
a gritos o ladridos, como salga, con uñas o cejas,  
y mis huesos al galope, sin control.

Un sonido hueco  
navega a la deriva  
por la imaginación.  
Suenan el alma en la ropa,  
tiemblan las espinas dentro,  
laten los cristales,  
el ritmo se vuelve acción.

En medio de la noche,  
como un enigma central  
o una sombra concluida,  
numéricas matrices siguen al fuego,  
matemáticamente  
a la rabia y al sol.  
Un vástago truncado  
y un eslabón,  
los reflejos y relojes, los garfios y protones,  
todo se enrolla y gira  
como una espiral sin tiempo,  
o como un berbikí suelto,  
vacío de significado.  
Y sin embargo se mueve,  
explota y sigue, ocupando el espacio,  
como un accidente gigantesco  
en eterna evolución.

Mientras,  
un hombre piensa.  
Observa las estrellas y clama,  
con todas sus ecuaciones abiertas,  
en un largo lamento exponencial

sin consuelo.



Hoy, suena el frío  
por dentro de la carne  
como un trozo de hielo.

Hoy,  
el espacio de golpe  
se ha vuelto negro  
y espina a espina  
ocupa el cielo

como una álgida sensación inflamatoria.

Hoy,  
se ha agarrado el silencio  
al corazón  
y lo ha mordido con saña,  
rasgando septos y fibras  
hasta hacerlo sangrar.

Y hoy  
el tiempo mismo,  
el cronómetro mismo,  
como una astilla de punta,  
a traición,  
ha caído sobre mí.

Pero no me dejé.  
Saqué el soplete y los nudillos,  
me agarré el alma con las uñas  
y grité,  
con ojos y riñones,  
sacro, bazo y esternón,  
hacia dentro,  
hacia el fondo de mis tierras más internas,

grité hasta que la luz volvió a su sitio  
y reconocí el significado de mi sombra  
y mi vida.

Por el borde de una herida  
saca un hombre la cabeza  
y observa  
el tiempo a su alrededor.

Su sangre ha estallado  
y ha tapado el sol  
de tanto sufrimiento,  
pero él no ha muerto  
e interpreta pensativo  
el volumen de su cuerpo.

La piel como viruta  
y a pedazos el cuerpo,  
briznas la carne,  
añicos los huesos,  
y el mundo entero en fragmentos  
esparcido por el suelo.

Un rayo de oscuridad  
sigue a un rayo de silencio.  
Vehículos lentos y pesados  
recorren el firmamento  
como un fantasma  
o un escalofrío.  
Suenan un reloj parado,  
sin eco.

Entonces  
grita. Despavorido y sin fuerza.  
Pero escucha su terror,  
interpreta su laringe,  
recorre con el dedo su hueco en el espacio  
e imponente partícula viva  
con devoción por la luz,

comprende que  
es.

Cierro los ojos y veo  
punto a punto  
el volumen de mi espacio  
en la memoria.  
Un hilo de escarcha  
pende del sol,  
cruje una rama viva,  
suena la luz.

La materia iluminada  
contempla impasible mi inmersión celular.  
Un filo blanco y agudo,  
casi lúcido,  
invade la vista oscurecida  
y la razón.  
Una amplísima red de circuitos transmisores  
carga de sentido la oquedad  
de mnésticas distancias calientes  
y exquisitas longitudes interiores.

Soy. Siento y pienso. Recuerdo.  
Gira la vida milimétricamente, fluye  
por valencias y electrones,  
con exuberante precisión.  
Callo en silencio  
mi devoción por la vida y la luz,  
como en un monólogo blanco  
disuelto en la saliva.

Soy de nuevo. Más. Interpretación  
de fuerzas velocísimas  
que van hacia delante sin freno,  
a toda máquina,  
como una descarga razonada,  
en acción.

Después llegó la noche y el sueño,  
viruta negra en los ojos,  
escorpiones sueltos  
y un larguísimo recorrido de hormigas rojas  
trepando por dentro  
como vidrio articulado.

Y tuve ganas de gritar. Sí.  
De miedo. Porque me iba quedando solo  
en el centro de una oscuridad sin sentido,  
perdido en un mundo hueco  
que me quería aplastar.

Y estaba despierto. Temblaban las líneas,  
circulaban palabras vacías a mi alrededor  
y los contornos del plato me observaban en la mesa,  
esquemáticos y ciertos,  
como a cualquier ciudadano normal.

Y tuve ganas de gritar de miedo  
porque masas de insectos y estrellas carniceras  
de altísima velocidad  
me trepaban por la imaginación  
clavándome móviles grietas en la carne,  
como tachuelas,  
tan perdido y solo como estaba.

Tenía ganas de gritar como gritan los puntos vacíos  
y sin rumbo  
de noche en el universo. A gritos civilizados y silenciosos,  
entre dientes, sentado en mi mesa,  
como un buen hombre urbano.  
Pero callé. Abrí la ventana y callé.  
Un árbol allí. Un coche y un perro.

Un espacio inmóvil más lejos,  
con forma de cielo.  
Y detrás, mucho más allá,  
larguísimos calambres frutales, trepidaciones  
de suelo,  
la embestida de la luz en medio del océano,  
el temblor de la intuición  
volviendo la sustancia misma de la luna  
metafísica materia viva  
  
en plenitud.

Es como una rabia violácea,  
una baba o una intuición sangrienta  
que se va de nosotros  
continuamente  
a toda velocidad,  
algo que nos precede y se escapa,  
efímero, volátil y oculto,  
por delante  
como un impulso sin control.

Y es también como un torbellino interno  
que nos desplaza circularmente muy lejos,  
saliendo de nosotros al espacio  
en alas de la imaginación.  
Una elaboración de distancia y tiempo  
en forma de remolino abierto  
con sus aspas desplegadas  
por delante y a lo lejos,  
sorbiéndonos,  
chupándonos todo lo nuestro,  
más allá,  
como una acumulación de extraños poderíos.

Todo en movimiento, rapidísimo,  
sin respiro ni tregua,  
a tumba abierta,  
por extraños pasadizos y puertas,  
que dan a tierras transeúntes,  
ferroviarias y aéreas,  
camino de la luz adelantada,  
la verdad

y la certeza.

Hablé con Pallares, el de la nariz rasgada,  
con Cuto el Largo y Trajín,  
con fragmentos de casas rotas y esquinas,  
hablé con el silencio hacia dentro,  
todo dijo: ¡sí !

Las toallas rotas, las gasas  
y el vahído de la carne  
elevándose al techo. ¡Sí !  
Y los parapetos transparentes se entregaron sin recelo,  
los elementos minerales incluso,  
disueltos en la retina,  
convertidos en visión. ¡Sí !  
Todo dijo: sí. Todo es hombre.  
Todo, interpretación.

Y fue como una explosión humana  
con forma de idea,  
llenando los huecos del espacio  
matemáticamente de números rabiosos  
y conceptos  
humanos  
con sentido.

Fue como un enjambre de códigos electroquímicos  
escapando por la cabeza,  
¡fervientemente !  
como un exquisito proceso neuronal en acción  
volviendo el mundo entero  
humana interpretación  
caliente y viva,  
mojando los campos y el cielo,  
las golondrinas y la materia.

Corito el Terrible me respondió con un gesto.  
«Del hombre hay que hablar bien y hacia delante,  
con un impulso cierto  
que pase por dentro,  
de verdad, creyendo en él»,

Y añadió: «Y el que sea triste  
que se vaya a la mierda.»

¡Qué cabeza la del Terrible !



Salí al punto Baltasar  
y analicé las estrellas,  
crucé la asfixia,  
los golpes de estaciones adversas,  
y montado en ángulos rapidísimos  
crucé la distancia más interior.

Salí de golpe, cerrando los ojos,  
abriendo galenas y cortinas ligerísimas  
al trasluz,  
hundiéndome en magnéticas pulsiones  
y surcos internos,  
temblando.

Tuve que inventar la atmósfera  
por donde pasaba, los bocados vacíos,  
y un horror de dientes y acero,  
de circulaciones sin aliento  
como un pistón.  
Una sucesión de olas vacías  
y un olor a madera cortada  
en el centro de mis huesos,  
hizo penosa la ascensión.

Pero yo salí al punto Baltasar,  
y desde allí,  
desde tan lejos,  
conecté en silencio los hilos  
de un jardín sonoro,  
que llevo dentro,  
como un punto gigantesco  
sin forma ni volumen.  
Desde allí,  
desde tan dentro,  
desde ese punto inventado,  
imaginariamente fui yo,  
de una vez,

la interpretación de mi vida  
por completo.

Saqué la cabeza por el borde de una herida  
y miré.

Un vapor de mandíbulas heridas  
nacía de las tejas.

Un tiempo azulado  
de espacios verdes  
y almenas negras  
brotaba de la cabeza.

Todo giraba circularmente sobre sí.  
Sólo la conciencia permanecía cierta,  
la evidencia de mi vida  
frente al dolor  
de otros hombres  
como una trepidación de suelo  
o un temblor de raíces vivas.

En el centro de una esfera  
insectos distintos  
producían su trayecto rasante  
con sutiles piezas articuladas,  
dejando su baba dibujada en la retina.  
Y la velocidad cero,  
tan brutalmente perseguida,  
huía, se alejaba,  
desaparecía por las rendijas  
como una malla matemática en acción.

Grité. Di con los nudillos  
hasta hacerme sangre  
en todos los tableros.  
Porque todo existía a mí alrededor,  
sin esfuerzo,  
en un viaje espontáneo y natural  
rapidísimo y muy lento.

Pero yo sólo tenía la voz, la palabra  
como una extraña pulsación  
para serme y expresar  
mi devoción por la vida  
y la luz.

Saqué mi cabeza por el borde de una herida  
rabiosa y fantástica  
que me consitía

y grité hasta la carne viva  
tan sólo con un lápiz

y un trocito de papel.

Ven  
a la limba marcada  
y al gran esplendor  
de las brocas lartales  
tan veloces y afiladas,  
a los tornillos mentales,  
neuronales e inventivos.

¡Ven ! ¡Ven flas, ruca, parta, más ! ¡Úrgete !  
¡Rápido !  
A la kurta sempala y al camarín,  
por rincones y esquinas,  
siempre adelante,  
ven  
al volcán Rauco y al gran vuelo  
caótico y fragmentario, al vidrio acumulado  
y a la gran esplanada de las moscas  
donde giran vertiginosamente átomos y ecuaciones.

Al lenguaje de los signos  
y a la explosión de la fantasía y la luz.  
¡Como un gusano de soportal,  
en dejación,  
como una telaraña o un protón,  
como el helio o una tribu de calamares  
en su tinta inventada !

¡Por aquí, sigue, ven !  
¡Adelante, frenéticamente, más, a la  
consecución de Hungría,  
con tu garganta en carne viva  
y rojas las manos ! ¡Sí ! ¡Al dintel inicial  
y al espacio transcendido ! No desfallezcas  
aunque te claven tachuelas en las cejas  
y te corten los cordones de los pasos. ¡No importa !

¡Sigue, más cerca, al blanco oxígeno  
y al raudal frenético, ico, acó, trico, saco,  
a la acción y a la aventura,  
por fin a la fantasía.

¡Ven !

Algo blanco se me escapa  
por delante  
y lo ignoro.

Algo negro me persigue  
y no sé qué es.

Ante mí  
siempre  
la misma trepidación,  
idénticos trenes de impulsos nerviosos,  
el mismo tableteo de la carne,  
huyendo.

Llego y lo sigo  
ya ha sido,  
se ha ido,  
ha volado ante mí,  
en una especie de rotación fugitiva  
del tiempo  
detrás de la materia.

Atrapo en los dedos lo que veo,  
lo estrujo y analizo para saber que existo,  
lo mastico y huelo,  
casi lo recuerdo  
con álgida delectación.  
Porque sé que se ha marchado  
ya  
por delante,  
temblando,  
dejándome hueco,  
llevándome a la zaga,  
reptando por las lindes de este laberinto,  
cayendo por las cornisas,  
arrastrando por su magnética trabazón.

Entonces  
me detengo. Sujeto mis huesos,  
aprieto el reloj hasta hacerle daño,  
agarro un lápiz, lo clavo en el suelo  
y salto por encima de mi sombra.  
Aquí está mi horario exacto,  
aquí mis gráficas costillas,  
alfabéticamente estructuradas,  
aquí mi vida  
en forma de letra.

Un larguísimo pez sin forma  
ocupaba el cielo,  
como un fogonazo de escamas verdes  
de súbita aparición retiniana.  
Después  
fortificaciones rojas, empalizadas veloces  
e imágenes en zig-zag.  
Parecía una jaqueca feroz  
con su efecto de torsión  
sobre el cuello  
o un dolor de alambique,  
en bisel,  
casi perfecto.

Pero era sólo el cuerpo a cuerpo,  
la llama del soplete, el esfuerzo  
del que intenta darle caza a la vida  
don los dedos  
escribiendo.

En la estancia sonaban dientes de perro  
mordiendo segundos,  
insectos circulando por el aire  
en pos del tiempo.  
Y los tornillos, las espuelas  
y el berbikí  
sonaban dentro  
con toda la maquinaria a tope  
y las válvulas y espitas  
dispuestas hacia ti.  
Pero algo se escapaba, algo huía,  
fuera de toda percepción,  
avanzando, rebotando, progresando  
como una transpiración de materia  
o una silenciosa colisión,  
sin dejar mensajes cifrados



ni rastros en el cerebro.

Un punto sin volumen,  
una distancia a ciegas,  
el frío más exacto  
de la más exacta ausencia.  
Después nada.

Una mano y un papel,  
un árbol fuera, lleno de luz,  
a través de la ventana  
y extrañas sombras blancas  
que producen espanto.

Hacia ti  
como un venablo, con furia negra,  
completamente,  
casi como un anzuelo o una lanza, atrapado,  
como una soga,  
sin orden, en torbellino  
agramático, asintáctico, átono y mudo,  
escalo los accesos, hacia ti,  
distintamente,  
palpo, busco, percuto, tú,  
radicalmente hacia ti,  
suelto los fantásticos discos azules,  
extracto esencial, zona de humo, sutil presencia,  
linde personal de penumbra y tiniebla,  
hacia ti, acontecer instantáneo,  
causa-efecto total,  
en el centro del calor.

Y llamo con los puños en hueso vivo, oscilo,  
tropezando y a gatas, de rodillas, con la camisa rota  
hacia ti,  
directamente al corazón más certero, disparo, sí,  
a la sintética razón donde guardas los misterios,  
carto, lerto, marto,  
de esta explosión en curso,  
de este micrométrico caos  
en perfecta acción,  
temblando, tú, ven, responde,  
de una extraña matemática, céler, descompuesta,  
hacia tí, experto en numerales, arpo, cruto, carco,  
confusamente hacia tus puntos  
más frágiles y feroces  
lanzo esta palabra incendiada.  
¡Responde ! ¡Ábrete ! Escucha nuestro  
clamor.

Estamos aquí.

Tú a lo tuyo, siente y piensa,  
ama y vive. Avanza.  
La Vía Láctea,  
con sus millones de estrellas,  
sigue callada.  
Tú a lo tuyo, a tu noche iluminada,  
a tus trenes verdes  
y a tu dolor en bisel  
convertido en alegría.

Si miras por el cristalino,  
a través de la única pupila rota  
que te han dejado,  
verás que casi no ves.  
Tus pigmentos retinianos  
degradados al contacto de la luz  
te lanzan mensajes que tú crees ver  
occipitalmente, como un primate vertebrado,  
mamífero y racional,  
que salió a la caza de su vida.  
Pero inventas lo que ves.

Te cuentas los dedos uno a uno,  
mitocondrias y neuronas,  
y te haces una idea del mundo,  
electroquímicamente codificada,  
que casi no ves. Que casi no es,  
más que lo que te imaginas  
que ves  
en tu cerebro.

Tú a lo tuyo, a la encrucijada del ser  
que a ti sólo corresponde,  
a comprender a zancadas,  
a querer volumétricamente  
sin freno,

con toda la rabia de tu cerebro  
con sus palabras ardientes  
y mensajes en clave

como un humano.

Porque tú estás vivo. Y tus hermanos también.  
Seguro. Tócate y verás.  
Pero la Vía Láctea y el resto del universo  
la verdad,  
quién sabe cómo estará.

Si, efectivamente,  
dicho crudamente, con redoble de conciencia,  
en el filo de las esquinas,  
es así.  
Sólidamente así,  
contudentemente, con la garantía del daño  
y la expectativa futura de una certeza  
todavía más cierta y dolorosa,  
así.

A veces me toco las diátesis por dentro,  
sigo con las yemas el contorno eléctrico  
de mi sombra,  
electrocardiográficamente,  
con puños y tendones, a manojos,  
con todo el volumen de la conciencia  
que transporto, a tope, de punta,  
casi como un teorema  
o una ecuación implacable,

y reconozco que es así.

Y lo digo como puedo, como sale,  
con signos gráficos digitales  
y oscilaciones rotas  
de circuitos que llevo dentro,  
como un ácido lento, amargo y lúcido  
hecho añicos,  
o como una altísima definición muda,  
nostálgica y espléndida,  
que yo mismo no acierto a comprender.

Pero sé que es así,  
crudamente así,  
inexorablemente así:  
me siento colgado de la tierra

por los pies

hacia el vacío,

hacia abajo, hacia el más profundo abajo,

y a veces grito si puedo

o callo

o cierro los ojos

o escribo a ladridos

como puedo

porque, efectivamente

cruzan cometas estrellados

y tengo miedo.

Un punto lucernario  
perrero  
rodeado de cables y espinas  
suenan.  
El mundo se calla a gajos infinitos,  
a trozos caídos callados  
silenciosamente giratorios,  
herméticamente mudos.

Pero no te importe.  
Sé gigante y habla.  
Grita tu emoción como salga,  
con su dilatación de juntas sangrando trazeada.  
Sé hombre hasta en la sombra,  
en la carne de la tráquea  
y en esa metafísica asfixiada  
que una cierta albañilería  
te ha criado en la garganta.  
Hombre por encima de ti mismo,  
más allá de tu sombra,  
de tu página en blanco  
y tú listón.

Hombre sin esporas ni raíces,  
volátil y sonoro  
de válvulas abiertas  
y motores al galope  
en humana acción.

¿Por qué no? Muerte, sí,  
en el sentido más crudo y final,  
cortes profundos sangrado en el tiempo,  
largos vacíos sin solución.

Ni versos ni colores.  
Sólo pilas celulares derrumbándose,  
estrictas patas de cangrejo mortal  
descifrando la carne  
cancerígenamente,  
fibra a fibra, sin compasión.

Después sólo un instante. Nada más.  
Un frío de tornillos precisos y espuelas negras,  
la mañana de blanco hospitalario,  
sin esquinas ni ventanas, estadística y fría,  
con su factura en la mano  
como si una isla de oxígeno  
en el mar de la muerte  
fuera sólo una excepción.

Y más tarde, un cataclismo humano a zancadas,  
alguna lágrima carbónica, azulada y gris  
al mismo tiempo,  
álgido desconcierto, quizás un resuello  
o un derribo,  
cosas de hombres en situaciones así.

¿Y por qué no? También la vida, sí,  
justo al otro lado, pegada a la cama,  
como una pequeña fábrica fantástica  
con sus correspondientes soplidos,  
funcionando, a toda máquina, sin alternativa,  
viva y resplandeciente  
como una gota inmensa en el rincón d'Estría  
o un campo iluminado expuesto al sol



o quizás un rumor de múltiples organismos  
respirando matemáticamente juntos

para ser.

Qué curioso.  
Igual  
pero diferente,  
al otro lado  
y al revés.

Como una culebra herida  
en el fondo de un saco muerto  
algo se mueve en la sombra  
y no se deja atrapar.  
Es algo invisible y móvil,  
infinitamente matemático  
siempre urgente, magnético  
como una repetición incomprensible  
de misteriosas cargas  
o un insospechado mar  
sin salida ni solución.

Está ahí, delante y detrás,  
alrededor y encima,  
pulsando,  
tirando de ti,  
chupando tus puntos,  
como una extraña acumulación de signos  
sin control.

Tú callas en el sótano que te ha tocado vivir,  
subes los peldaños, riegas las flores,  
pero sabes que tu vida se ha convertido  
en una álgida indagación.  
Vas rumiando alaridos sonoros  
extraídos palabra a palabra  
de todas las mitocondrias  
que te han correspondido.  
Observas las gentes vestidas de ilusión verde,  
los líquidos incandescentes  
bultos sospechosos, traviesas,  
yantas laceradas y caminos oblicuos salpicados  
como en una guerra.

Pero no comprendes las señales que te llegan,  
no las descifras bien.  
Casi no entiendes.  
En el fondo sabes que todo es una representación  
celular  
que tu interpretas  
como una alucinación de tubos fosforescentes,  
una repetición de luz  
o una catarata de yeso.  
Poco, nada o casi nada, sin embargo  
una urgencia frente a lo oculto,  
tan negro, luminoso y claro,  
tan potente y misterioso,  
  
tan real y tan eterno.

Aquí  
todo es muerte  
alrededor,  
carne al límite,  
blanca agonía  
y dolor.

Dolor a secas,  
sin contemplaciones,  
como un escupitajo blanco  
o una blanca varilla dolorosa  
penetrando en la piel.

Aquí  
todo es muerte mortal,  
de veras,  
muerte sin palabras,  
en directo,  
con volumen y sonido,  
sufrimiento humano  
en las yemas de los dedos,  
seres colgados  
de agujas en punta  
y carbón.

Por eso aquí,  
es este recinto,  
en medio del horror  
de un interminable tiempo  
sin respuesta,

entre tanta desesperación,  
también todo es vida,  
y las ventanas son blancas,  
verdaderamente blancas y vivas

por efecto de la luz.

En este sorteo, amigo,  
desgraciadamente  
a ti te ha tocado  
el paso de jinetes despiadados,  
las uñas de gallos sin control.  
Su sangrante disciplina. Su daño.

Soportar en la retina  
con toda su furia  
lo negro,  
sufrir su baba, sus espinas  
y alquitrán.

Y todo porque sí,  
según finísimas bisectrices de un filo acerado,  
casi matemático  
en su saña y precisión.

Porque te ha tocado el resquicio  
de la ausencia,  
el ángulo sin suerte  
y el muñón.  
Te ha tocado la esquirla.

Parece que un ácido imparable  
te persigue la saliva y el pulso,  
que extrañas ganzúas te saltan los goznes  
convirtiendo en desdicha  
tu más secreto interior.

Y eso porque sí, porque te ha tocado, amigo,  
la sombra,  
y a otros el sol.  
Pero tú sigues.

Como un buen profesional del infortunio.  
Porque algo te dice que debes seguir.  
Apostando fuerte, más y más,  
buscando tu claraboya,  
desesperadamente,  
guiado por una mediterránea intuición  
de gozo pleno,  
placer en empalizada  
  
y deleite real.

Aquí uno se lamenta  
con desconsuelo  
de tristes desamparos  
y desengaños,  
mientras otros más allá mueren  
de sed, hambre o dolor.

Otros ordenan palabras  
bellamente referidas  
a lo eterno,  
a estrellas sin mango  
y anzuelos portentosos  
que sostienen el viento.

Pero extrañas máquinas sangrientas  
escriben la verdad con munición  
y la firman con machete  
mientras.

A ése le falta un brazo,  
y un ojo al de más allá.  
Fíjate que este corazón no late.  
Aquél ha muerto.  
No volverá.

Los más,  
como una enorme masa humana giratoria  
acostumbrada al esfuerzo,  
siguen por instinto  
algo que fluye cerca, un ruido fugitivo  
que corre y vuela, más allá,  
un palpito inconsciente y posterior  
de altísima emergencia.

Y cierran los ojos, y siguen,  
y a veces rezan.

Pero todo calla, todo oscila  
y se estremece amenazante  
en un territorio frontera  
de altísima velocidad lenta,  
plagado de ecuaciones sin respuesta,  
volumétricamente sueltas,  
lanzadas en todas direcciones  
incomprensiblemente  
sin control.

Y sin embargo, éste,  
este niño en concreto  
se está muriendo

de sed.



Eres  
cutáneo deslizamiento,  
masa palpitante mía,  
espléndido volumen carnal.

Tú,  
impacto lascivo,  
gozosa voluptuosidad circular,  
tú,  
caliente cobertura,  
lúbrica tempestad.

Eres  
pared escarpada,  
manivela estrellada,  
imántica pulsación  
del alma mía,

Te pienso ardiendo  
como un surco en llamas mojadas  
o una congestión de tierra  
a punto de estallar.  
Como fuego en movimiento  
o un furor de dientes y avispas  
sin control.

Por eso te hablo así,  
te llamo en silencio, te grito  
transcranealmente  
desde el punto Lindau  
endofásico y negro,  
donde vivo.  
Por eso te veo  
detrás de los pistones,  
en medio de este naufragio blanco  
de bridas y estacas  
donde habito

como una región iluminada,  
erótica y animal

muy lejos y muy cerca,  
más allá.

**E**sta negra tinta  
nos une ya, lector,  
a través del tiempo  
como un hilo conductor.

Sí. Pero nuestra relación es blanca  
por una atmósfera sin techo  
que tengo aquí para darte.  
Y verde  
como un calambre verde  
cayendo en vertical,  
resbalando matemáticamente  
por circuitos neuronales  
hacia ti.

Mira, Son las doce y media.  
Veintiuno de agosto, año 94.  
Como no tengo un duro  
me he puesto a escribir.  
Cerca de mí.  
en el centro de una opulencia jeroglífica  
de ramas y clorofila  
hay un lagarto.  
Se llama Simón y te saluda.  
Ha venido hasta aquí  
cruzando siglos de códigos moleculares fabulosos  
que lleva en sus cromosomas  
dinosáuricamente dentro.  
Desde Neanderthal.  
Antes quizás.

Su vida, como la mía,  
es un microabismo en acción,  
un laberinto en espiral  
en busca de sentido.

Me dice que fue dinosaurio  
y por culpa de un meteorito  
se ve así.

Más lejos, mi perro lobo  
color caramelo y cordón,  
adicto a la filosofía,  
permanece inmóvil ante el paso  
del invisible silencio penetrando una pared.  
Te dice: hola,  
con la cola.

Y yo por fin, sentado al sol,  
azul, naranja, rojo y amarillo,  
como corresponde a un escritor,  
invento olas, playas, islas y refrescos  
porque hace más calor que Dios.  
Te saludo con la pluma, y cansado de palique  
te digo adiós.

**M**ateria adversa en acción,  
mar lanzado al galope,  
leche que pasa volando negra como un sueño,  
pulsiones de tuercas, remos partidos, pistones,  
extremidades enteras arrancadas por escualos  
sin compasión.

Ropa rota,  
cargada de dolor,  
hundiéndose inerte en el Caribe  
sin salvación.

Para qué seguir.  
Balsas ahogadas, brújulas paradas, olas partidas  
en Cuba

sin espuma y sin dirección.

Todo al revés.  
Como una eflorescencia negativa  
o una catastrófica resistencia irracional  
en contra de la libertad.

Lo invisible  
existe.  
Yo lo he visto.  
Volviéndose evidente  
como un estallido silencioso;  
lo opaco y transparente  
latiendo de pronto, dentro,  
estando sin estar,  
siendo sin ser,  
en forma de intuición.

Como un factor electrizante  
en los ojos del lagarto  
o un punto luminoso  
detrás del tiempo.

Y lo he sentido,  
dulce, agudo, sutil, alto y enorme,  
como un huésped del viento,  
hundido en la tierra entera,  
con su más exquisita y enigmática  
aceleración interna.

Lo he sentido penetrando los poros,  
percutiendo las membranas,  
invadiendo las almas de los hombres  
cuando están segadas las espigas de la vida,  
aplastados los circuitos  
y no queda más solución que la esperanza.

Sí, lo invisible existe  
más allá del miedo y la percepción.  
Como un humo sin sombra,  
un vapor misterioso  
e invisible,

casi

como una ilusión.

**A**yer exploté.  
Como tengo tanto tiempo  
y no paro de sufrir,  
me estalló el corazón.  
Concretamente a las seis y quince,  
ayer mismo,  
se me ha roto el corazón.

Saltó en pedazos, hecho añicos,  
como un tejido lacerado  
harto de latir  
y soportarme.  
Adiós, dijo. Me voy, Vallejo.  
Tu agonía es la razón,  
tu fundamento y timón,  
pero no tienes razón.

Y se fue en un charco de sangre contradictoria.  
Los glóbulos blancos, rojos,  
y los rojos, al revés,  
a millones por el aire  
espléndidos y sonrientes  
como sílabas enteras  
formando frases de fé.

Los riñones por un lado, sueltos,  
y al Jerez.  
La pelvis menor  
como una corona de hueso  
sobre un ventilador.  
Y el hígado, como una cometa,  
desvergonzado y alegre,  
saltando de nube en nube,  
rebosante de salud.

Cristalino por aquí,  
la retina por allá.  
Y los humores de fiesta,  
cantando por soleá.

Fue espantoso. Voló todo.  
Sólo quedo yo,  
casi vivo y casi muerto,  
sólo me queda la voz,

También tengo una cuerda  
para medir el dolor,  
una goma y un cuaderno  
para contar el horror.  
Me ha tocado morirme  
fumando un puro  
sentado al sol,  
soñando con mujeres desnudas  
más contento que Dios.  
Qué horror, qué horror.

Eres toda carne.  
Roja, verde y amarilla.  
Carne azul tu sombra,  
tu boca entera.  
Si te miro  
me das malaria,  
se me queda el pulso  
muerto.  
Tu paso es carne sonora, carne tu voz  
y recuerdo.

Quisiera amarte a cien manos  
y mil corazones a un tiempo,  
dejar los motores sueltos  
hacia ti,  
romperte,  
hueso a hueso.  
Devorarte.  
Porque todo lo ocupas con tu cuerpo.  
Ventanas y cometas, jardines y precipicios,  
planos laminares  
y atmósferas en acción.

Estás muy rica, hija,  
sí,  
pero a mí

no me dejas vivir.



Lo que espero en la otra vida,  
ya lo he encontrado yo aquí,  
mi otra vida ya es ésta,  
yo sé vivir sin morir.

Plenamente,  
al mil por cien,  
al trote de caballos  
y en silencio,  
hundido en la pared.

Detrás de los visillos  
vuelan esquirlas de tiempo,  
crepita la ventana,  
vuela una cometa  
alta como una altísima intuición,  
blanca  
como el tejido mismo de la luz.

Sé que soy,  
aquí y ahora,  
vena a vena, segundo a segundo,  
detecto mi presencia,  
reconozco mis dedos,  
me voy.

Y a mi alrededor  
una verde verdura ulterior,  
la mar oceánica,  
hélices sin fondo  
girando en azul.

También tú,  
presente en la sombra,  
callado lector.  
Tu pulso, tu volumen inmóvil  
y tu aliento.  
Con todos los demás,  
juntos,  
siendo  
sufriente y gozosa  
humana realidad.

Algo detrás  
que nunca se alcanza,  
algo  
que fluye y escapa,  
huye y permanece  
estando sin ser  
y siendo sin estar  
al mismo tiempo,

silencio que suena,  
sonido sin ruido,  
como un sigilo fugaz  
o un hilo  
en vilo  
suspendido del vacío.

Algo imparable,  
alto y majestuoso  
como una eléctrica acción  
tendida  
o roja electricidad  
recorriendo los rincones  
de la imaginación.

Algo fuerte, rapidísimo y cierto  
como una evidencia humana,  
matemática y perfecta,  
o un impulso  
camino del espacio  
por pulsos perdidos  
de perdidas arterias  
sin respiración.

La vida misma,  
ahí, viva,  
repitiéndose,

sonando,  
palpable y cierta,  
transcendiendo de sí,  
ocultándose en algo

imponente y sutil,  
como un extraordinario misterio muy grande,  
muy callado

y muy cierto.

Cruza Septiembre en un vuelo  
por la raya del sol.  
Todo calla y responde  
al mismo tiempo  
en silencioso clamor.

Las huellas digitales, los espejos  
cóncavos y negros,  
incluso los insectos  
hablan un matemático lenguaje  
de circuitos y deseos.  
Todo se desliza y avanza  
por raíces y membranas  
volviéndose interpretación.

Una salpicadura azul  
del sol inmenso  
recorre la pupila.  
Suenan el cielo  
como una espléndida palabra circular  
dibujada en la retina  
con pigmentos y ecuaciones.

Pan, tierra, oxígeno y amor,  
fuego salado, mar océano, tifón,  
sé nombrarlo todo, conozco las claves mismas  
de la sombra y la luz  
numéricamente  
según las mareas,  
casi como un dios.

Por eso  
alzo en alto mi vesícula  
y escorpiones,  
saco mis nervios de sus estuches,  
los tenso al aire,  
y me voy por los rincones  
hablando con plantas y perros,  
soportales y faroles.

Todo  
menos pagar a Hacienda.

Aquí  
dejo de mí  
lo que queda.  
Mi vida  
me la llevo yo  
muy lejos.

Aquí  
el sonido de mis uñas  
contra el suelo,  
mis trozos de vida  
y sudor.

El resto me lo llevo yo  
más allá de aquí,  
a otro sitio muy lejano,  
conmigo y sin mí.  
Recojo los pasos, las suelas doloridas,  
la nomenclatura en carne viva  
e incluso la sombra de mi ser.  
Ni óxido ni grasa  
sobre el pavimento.

Sólo lo que fui  
sin serlo  
os queda,  
mi vida ensoñada  
convertida en letra.

Os dejo  
el hipotético espacio  
donde navegué,  
el tiempo inalcanzable  
del que no dispuse,  
la ilusión  
y la utopía,  
Todo sobre un papel,  
como una fantasía.

De pronto  
se apaga el mundo  
y ya nada es.  
De pronto,  
sin que nadie sepa por qué,  
queda inmóvil la intuición  
en una extrema soledad  
próxima a la muerte.

Te buscas y no estás.  
Te tocas y no te sientes,  
corriendo detrás de ti,  
dando traspiés  
inútilmente.  
Todo cruje y oscila  
detenido en el silencio.  
Parece que una invisible vegetación caníbal  
te fuera a tragar,  
timpánicamente  
la vida.

Pero inesperadamente  
se enciende una puerta,  
suena una ventana,  
rueda una gota imparable  
por el filo de un cuchillo blanco,

y de pronto  
milímetro a milímetro  
se enciende el universo  
punto a punto  
en tu cerebro.

Miras a tu alrededor  
y compruebas atónito  
que una espléndida trabazón

de plantas, tallos y maleza  
te ampara.  
Te pones los huesos en su sitio  
y te preguntas, maravillado,  
si el mundo  
inesperadamente  
no acaba de nacer.

Muchas cosas capitales  
no están escritas ni dichas,  
y hay que buscarlas viviendo,  
dejándose la piel.

A veces te crecen dentro  
ciclos de gas negro,  
animales venenosos que te siguen  
como una rotura de pistones  
contra mallas infranqueables.  
Y no sabes qué decir, dónde ir  
con tu dolor de barrena,  
tus espinas rotas  
y la misma nomenclatura del cuerpo  
en carne viva.

Pero tienes la palabra,  
la rabia, esa algebraica intersección  
de ruido y letra,  
donde nace el sentido.  
Te puedes expresar,  
serte,  
hablarte por entero,  
nombrar el mundo grano a grano,  
inventarte hasta la Nada,  
como un inmenso jeroglífico vacío.

Muchas cosas capitales  
no están escritas ni dichas,  
pero hay que decirlas,  
descubrirlas una a una,  
palabra por palabra,

y cuanto antes,  
mejor.



Esta noche  
siento  
palabras por dentro  
que huelen a mar.

Esta noche  
comprendo  
que la oscuridad es redonda  
y puntiforme la luz.

Con los párpados cerrados  
he recorrido el cielo  
punto a punto  
de un tirón,  
y en un instante,  
de un golpe verbal certero  
he capturado el mundo  
volviéndolo palabra,  
transformándolo en letra,  
claridad en acción.

Y he conseguido por fin  
ser libre  
por un momento,  
como un eco rebotando en la cabeza,  
saliendo de sí,  
transcendiendo,  
volando más allá de la conciencia,  
como un sueño  
o una interpretación  
que el tiempo tirara hacia delante  
haciéndose distancia interior.

Esta noche  
frente a piedras sin alma,  
rocas, materia muerta

y radiación,  
ante un horizonte de signos negros  
rapidísimos y eléctricos,

he temblado de emoción  
con mi vida entre los dedos,  
palpitante y veloz,  
con mi rabia a tientas,  
como un clavo ardiendo,

sintiéndome  
ser.